



Caras y Caretas 23 Julio 1921
Buenos Aires (R. A.)

RECOGIDO EN "De esto y de aquello" tomo H

A

L hablarles a ustedes, lectores, del hombre-dado les hablamos de la echa sin h, de la echa de los dados o sea de la acción de echarlos, o *eito* que decían los portugueses, *jet* de los franceses y *getto* de los italianos. Y si alguna vez leen ustedes: «de esta hecha» es porque quien así lo escribe se acuerda del participio del verbo hacer o como nuestra Real Academia de la Lengua cree que equivale a «de esta fecha». Y nos parece que no es así.

Ante todo respecto a esto de las haches nos permitimos darles a nuestros lectores el consejo que a un novel escritor que nos preguntaba de cierto vocablo si habla que escribirlo con hache o sin ella, y es que le contestamos: «en la duda, abstente!» Pues no hay nada más antipático que una hache intrusa como la de los que escriben *exhonerar* creyendo que quiere decir privarle a uno de honores cuando es descargarle de algo, quitarle una carga, ya que cargar es en latín *onerare*.

Pero en esto de las palabras... Ahí tenemos esa echa o echadura de los dados o de las suertes que ya como sustantivo no se usa fuera de la frase citada, pues a nadie se le ocurre decir, v. gr. «asistió a la echa de las suertes...» Sin que sea el único sustantivo enquistado, por decirlo así, de tal manera en una frase y que fuera de ella apenas hay quien lo reconozca.

Si uno dijera que había recibido un golpe en el *hinojo* preguntariase el oyente que de donde había salido esa palabra, y todos, sin embargo, decimos que se pone de hinojos el que se pone de rodillas. Y con la voz *brete* empieza a pasar algo parecido, que apenas hay, por lo menos en estas tierras, quien sepa que es «el cepo o prisión estrecha de hierro que se pone a los reos en los pies para que no se puedan huir» y todos repetimos lo de estar en un brete o ponerle en un brete a uno.

Más curioso es, si cabe, el caso del cajón. Este cajón es el de aquella frase de «eso es de cajón» que en rigor quiere decir que es de oportunidad. «Una frase de cajón» quiere decir ya hoy una frase convencional y como litúrgica. Y este cajón parece que no tenga nada que ver con el aumentativo de caja, con la caja grande, y ello aunque acaso induzca a creerlo el pensar que una frase de cajón es la que encaja en un caso dado.

En portugués, en efecto, el cajón o caja grande es *caixão* y en la frase esa se dice: «de *caixão*». Y parece ser que se trata de un vocablo hermano del italiano *cazione*, causa, motivo, y es el latín *occasionem*, y que por lo tanto «frase de cajón» es frase de ocasión.

«Levantar en vilo» — decimos. Y este vilo, ¿qué es? ¿Con

qué se come? — que diría un extremista de la concepción materialista de la historia. Porque si el vilo no es comestible — que no lo sabemos — por ignorar qué sea — el *bledo* de «no me importa un bledo» sí, pues que es planta.

El que se propusiera inquirir todas las pobres palabras que están así prisioneras de una frase, enquistadas en una frase, y que fuera de ella no se usan, les daría una nueva vida enriqueciendo el lenguaje y suscitando nuevas asociaciones.

Y nada digamos de esos epítetos que parecen consagrados para un sustantivo. Hace años que no hemos leído lo de inexcrutables más que aplicado a los designios de la Providencia.

Claro está que si un escritor se propone sutlizar en esto acabará por hacerse un lenguaje de puro taraceado casi ininteligible, o que por lo menos exige de parte del lector una atención tal que no compensa el fruto que de la lectura se saque. Tal nos sucede con el P. Baltasar Gracián y con los conceptistas. Que la lengua corriente se compone de frases hechas, de tópicos, de lugares comunes, y si rompemos esa trama la lengua, en cuanto inteligencia, se deshace.

«Tomando las estrellas se le cayó el corazón de pena...» Tal decía un pasaje de una novelita que nos leía un joven novelista, y al hacerlo que nos lo repitiera agregó satisfecho:

«¿Qué? ¿le sorprende la frase? Se dice que toma el sol del que se pasea a él y de día; pues del que se pasea de noche, y en una noche de luna nueva, como le ocurre a mi personaje, cabe decir que toma las estrellas...» «Y de otro cabrá decir — le replicamos — que toma las nubes.» «Y si decimos — prosiguió — que se le cae a uno la cara de vergüenza ¿por qué no hemos de poder decir que se le cae el corazón de pena?» «Por mi parte —

añadimos — diga lo que quiera, y le advierto que eso de caerse a uno la cara de vergüenza es una de las frases que más gusto les da y más les divierte a los extranjeros que estudian el castellano.

¿Qué todo esto no son más que juegos de palabras? ¡Ah! es que los juegos de palabras se convierten en juegos de ideas y el más alto y puro pensar se reduce a jugar con las ideas. El que al oír aquello de que «se pierde mucho tiempo en recorrer espacio» — ¡insigne geddonada! — replicó muy serio y en broma: «sí, como el espacio que se pierde en pasar el tiempo», dijo acaso, sin quererlo, algo muy profundo. O como la niña que al oír a su madre que tenía cinco años, preguntó: «¿dónde los tengo, mamá?»

Las cosas más profundas de lenguaje suelen decir las los niños, pero es porque son los que más libremente lo crean. El lenguaje más vivo es el infantil. Y por eso hay tan pocos escritores que sepan hacer hablar a los niños. Porque el niño habla, crea, y el escritor escribe, entierra lo creado.

